VI

Los árboles del parque de Chavry se agitaban suavemente al soplo de las brisas de Abril; un magnífico sol iluminaba con sus blancos resplandores los tallares desnudos; y algunas ventanas abiertas en aquella mansión, solitaria hacía tanto tiempo, comunicaban un poco de vida á los altos muros. En la sala grande, sentadas ante el fuego, Nelly y Faustina hablaban con la dulce intimidad de otra época.

—¿Por qué me has arrebatado anoche de mi domicilio?—preguntó Nelly.—No me lo explico; llegas, me haces preparar mi maleta de viaje, y emprendo la marcha contigo sin saber á dónde voy. Me recomiendas que no descubra á nadie el lugar de nuestro retiro, y no sé qué significa ese misterio.

—¡Curiosa!

—Por menos lo sería cualquiera. A decir verdad, no te reconozco hace mucho tiempo, y seguramente hay en tu vida alguna cosa que ignoro. En otra época me habías confiado todos tus secretos; pero hoy no me amas ya.

Faustina fijó en su amiga una profunda mirada llena de ternura.

—¿Que no te amo? Ahora lo verás; pero es preciso que seamos mutuamente muy francas. Confidencia por confidencia.

—¿Qué hay?—preguntó Nelly, cuyos ojos brillaban.

—Ten paciencia. Me preguntas por qué te he sacado de tu casa, y comenzaré por contestarte á esto. ¿Recuerdas la historia que te referí cierto día, sobre mi encuentro con un joven artista en el claustro de San Onofre? Te confesé que por espacio de media hora me tuvo encantada; y tú, que eres muy maliciosa, me contestaste «que te alegrarías mucho de que volviese á verle.»

—Sí, ya me acuerdo.

—Pues bien, le he visto.

—¿Al extranjero, al bello artista, al Pigmalión que debe animar á Galatea?—repuso Nelly, riendo á carcajadas.—¿Y quién es ese misterioso personaje? ¿No le conozco yo?

—Sí. Es Santiago Rosny.

—¿Aquel á quien mandé hacer tu busto?

—El mismo.

—¿Y le amas?

—Sí—contestó Faustina mirando á Nelly con sus grandes ojos serenos;—y se lo he dicho. Por eso me he marchado; quiero ser su inspiradora, su amiga, pero nada más. He temido por él y por mí; he apelado á la fuga, y para no huir sola te he robado de tu casa.

La señora de Guessaint refirió entonces á su amiga la historia de la repentina pasión que tan bruscamente se había apoderado de todo su sér; de aquella semana deliciosa en el taller del escultor; de las ardientes confesiones de Santiago, y de cómo ella se había perturbado profundamente por la invasión de aquel amor irresistible. Adoraba al escultor, pero fiábase poco de él; Faustina no osó añadir que desconfiaba también de sí misma. Nelly escuchaba á su amiga con la mayor atención.

—Sí—dijo después de una pausa—eso es verdaderamente amor. ¿Y esperas tú poder dominar su pasión y la tuya, mantenerte dueña de tu voluntad, y ahogar un sentimiento tanto más vivo cuanto que nace en dos seres que le experimentan por primera vez? Si no he comprendido mal lo que me dices de Santiago Rosny, tampoco él ha amado jamás antes de conocerte.

—No solamente lo espero, sino que lo quiero. ¿Por

qué he huído sino para arrancarme de la seducción? No le volveré á ver más que en mi casa; y si esto no es suficiente, si me juzgo demasiado débil, emprenderé de nuevo mis viajes. Quiero amar; pero no envilecer mi amor.

—¿Y si descubre que estás en Chavry?

—Excepto tú, nadie lo sabe; y además, ¿olvidas que Mario se dejaría matar por mí? Le he dicho que nadie debía franquear el recinto de la verja y nadie entrará.

—¿Y tu esposo?

—Marchará pasado mañana á Orán, y más se ocupa de su viaje que de su mujer.

—¿Y... y Félix?—preguntó Nelly con burlona sonrisa.

—Hablemos de tu esposo—repuso Faustina.—¿Sabes que he conversado largamente con él?

—¿Y qué te ha dicho ese hombre culpable?

—Me ha dicho... me ha probado que tú eres tal vez la más culpable. Hay de por medio cierta historia de una puerta que no me parece bien clara. ¡Cómo se entiende! ¡Tu esposo enamorado de ti, y te haces la coqueta con él! ¿Te ingenias con refinada crueldad para mortificarle? Le he prometido convertirte, y como estaremos aquí al menos un mes, tendré tiempo para predicarte moral.

Nelly, muy ruborizada, ocultaba su linda cabeza entre las manos.

—Vamos á pasear por el parque—dijo la señora de Guessaint—que hoy no te pediré nada. Revivamos

algún tiempo nuestros encantadores días de otra época.

Faustina sabía muy bien que podía contar con Mario, y que en el país se ignoraba su presencia en el castillo. Las dos jóvenes no salían del recinto del parque; una cocinera que el anciano servidor fué á buscar á Versalles, permanecía igualmente invisible; y, por último, del abastecimiento de víveres, de los recados, y de ir á buscar las cartas al correo, Mario era el único encargado. El tiempo se deslizaba rápidamente; Nelly y Faustina, separadas en cierto modo del mundo, volvían otra vez á su existencia de hermanas; y la señora de Guessaint disfrutaba de aquel reposo en toda la plenitud de su espíritu; agradábale la soledad, y parecíale que acababa de escapar de un gran peligro. Cierto que Santiago debía sufrir; pero Faustina deseaba que se acostumbrase á amarla sólo con el corazón. Siempre risueña al cruzar entre las alamedas, seducíanle aquellas mañanas primaverales; y tal vez esperaba instintivamente alguna carta de su amigo cuando Mario traía el correo. Nelly, por el contrario, estaba nerviosa é inquieta. ¿Qué haría su esposo, que tampoco escribía? Por eso decía algunas veces á Faustina con marcado despecho: «¿Y si esa señorita Aurelia llegase á tener influencia en Félix?» La señora de Guessaint se encogía de hombros, burlándose de su compañera. Así transcurrieron tres semanas deliciosas, durante las cuales ninguna de las dos amigas conoció el aburrimiento; pero el amor de Faustina aumentaba desmedidamente. Sin ver á Santiago, y reconcentrada en sí misma, la joven se dejaba dominar por el

encanto que la embargaba, y preguntábase veinte veces al día: «¿Qué hará? ¿En qué se ocupará?»

Cierta noche, Nelly, que leía el diario, comenzó á reir alegremente.

—¿Qué tienes?—preguntó Faustina.

—Aquí se habla de alguno que le interesa á usted—contestó la joven con cómica gravedad.—El tiempo se desliza tan rápidamente, que no pensamos en las fechas. Ayer era el 1.º de Mayo; los diarios se hacen lenguas para elogiar á tu escultor. Toma, lee.

La señora de Guessaint cogió con mano algo trémula el papel que le presentaba su amiga. El *Vercingetorix vencido* había alcanzado un triunfo; de común acuerdo otorgábase al joven artista la medalla de honor en la sección de escultura, y todos los críticos aprobaban. Faustina gozaba realmente, pareciéndole oir en su tranquila soledad las lejanas aclamaciones; leía y releía aquellas líneas, que aplaudían al que ella amaba, y era dichosa al pensar que reinaba en aquel corazón tan ingenuo y ardiente.

—Tu amor á ese tallista en piedra rebosa en tu rostro—dijo Nelly, dejando escapar una carcajada—¿Te acuerdas del tiempo en que yo te llamaba Victoria Orsini? Estás tan enamorada como la dama de la sortija, pobre amiga mía.

Una sombra anubló la blanca frente de la señora de Guessaint.

—Murió de amor—murmuró Faustina.

—Sí, pero en el siglo XVI; en el XIX se hubiera consolado; y, por otra parte, no te ocultaré que el amor

platónico, tal como tú le comprendes, me parece imposible. Si amas, serás vencida; pero hablemos de otra cosa.

Nelly volvió á tomar el diario, y recorríale maquinalmente, cuando de pronto profirió un grito.

—¿Qué te pasa?

La señora Percier no contestó; leía, inmóvil y estupefacta:

—¡Pero habla, Nelly! Dame ese diario.

—No, no; yo leeré... prefiero leer... Tu esposo...

—¿Y bien qué hay?

El diario contenía estas pocas líneas en los partes telegráficos de la *Agencia Havas*. «Telegrafían de Orán una triste noticia. Hace pocos días salió para el Sur una misión científica organizada por el ministro de Marina, de la que formaba parte el señor de Guessaint, individuo muy distinguido de la Sociedad Geográfica, el cual ha desaparecido repentinamente, induciendo todo á creer que ha muerto asesinado. El procurador de la República se ocupa en instruir una información.» Faustina leía. ¿Muerto su esposo? ¡Imposible! El diario se engañaba; pero ¿y si fuese verdad?

—¡Qué pálida estás, amiga mía!—dijo Nelly tomándole la mano.

—La muerte es una terrible cosa: borra el mal y resucita el bien.

—¿Vas á lamentarte ahora, tú que eres desgraciada hace tantos años?

—Cállate. Cuando Dios quiere, es preciso orar por aquellos á quienes llama á sí.

La señora de Guessaint estaba tan impresionada, que subió á su habitación muy temprano, dejando á Nelly sola en el salón. La señora de Percier no practicaba tan generosamente la caridad cristiana, y así es que, sin vacilar un instante, llamó á Mario y entrególe un telegrama, encargándole que le llevase aquella misma noche á la oficina más próxima. Rogaba al prefecto de Orán que confirmase ó desmintiese la noticia dada por la *Agencia Havas*, pues no se explicaba aquel fin trágico. ¿Había sido verdaderamente asesinado el señor de Guessaint? En nombre de Faustina, su amiga íntima, Nelly pedía detalles exactos y completos. Cuando Mario hubo marchado, quiso reunirse con la señora de Guessaint; pero ésta deseaba estar sola, enteramente sola con sus reflexiones y sus pensamientos. A decir verdad, Enrique había cometido muchas faltas, no sólo engañándola, sino envileciendo su castidad y su pudor de joven; pero aquel brusco fin la perturbaba singularmente: veía á su esposo caer asesinado lejos de su familia, de sus amigos y de su país; una mujer delicada, aunque pierda un marido á quien ya no aprecia, sufre en sus recuerdos sino en su corazón. Era el único sér á quien había pertenecido, aquel á quien dió en otro tiempo todos los tesoros de su juventud y de su belleza; llevaba su nombre; y aquel castillo de Chavry que estaba ocupando, despertaba en su mente queridos y crueles recuerdos. Enrique fué, en fin, quien le anunció en otra época la muerte del general. Durante toda la noche estuvo dominada por una impresión muy dolorosa, y al día

siguiente Nelly la encontró pálida, con las facciones alteradas y la mirada triste. Al observar su aspecto, no pudo reprimir un ademán de cólera.

—No eres razonable—dijo.—¡Oh! enójate si quieres: pero te diré lo que pienso.

—No hables con tal ligereza de un acontecimiento tan triste, amiga mía. Mi existencia cambia tan bruscamente, que estoy trastornada.

Las dos amigas se paseaban por el parque, cuando de pronto apareció Mario en la puertecilla situada junto á la verja, con un papel azul en la mano.

—Es la contestación que yo esperaba—dijo la señora Percier.

—¿Qué contestación?

—Vas á verlo.

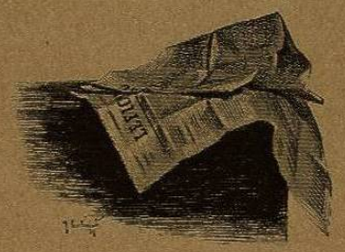
El telegrama del prefecto de Orán, claro y conciso, no dejaba la menor duda; sólo decía que el procurador de la República creía estar sobre la pista del asesino; y además anunciaba el envío de una carta con detalles más completos.

—Ahora puedo hablar—dijo Nelly.—¡Ah! compadeces á tu esposo, y con tus ideas caballerescas, que á mí me parecen absurdas, vacilas en aprovecharte de tu felicidad? ¡Escucha!

Faustina palidecía un poco, como si se atemorizara de antemano por lo que iba á oir.

—Voy á revelarte un secreto que te he ocultado obstinadamente hasta aquí. Tú extrañabas en otro tiempo mi empeño en casarme, que te parecía singular, y ahora te diré que por causa del señor de Gues-

saint he salido de tu casa. Dispénsame por decirte todo esto; mas no quiero que en tu corazón quede un solo pesar, ni uno solo. Yo no podía vivir junto á tu esposo, pues continuamente debía prevenirme contra sus amorosas asechanzas; cuando se hallaba solo conmigo, trataba de sorprenderme y de cogerme entre sus brazos... Sí, tú me hiciste jurar en otro tiempo que nada tenía que ver tu esposo con mi súbita decisión...; pero yo no podía confesarte la verdad, porque el cariño que te profeso me obligaba á callar. ¡Y tú deploras su fin! Ese hombre te faltaba al respeto hasta en tu propia casa, olvidando que yo era tu hermana; y me casé para huir de él. Ya comprenderás que los encantos y la belleza de Félix no me deslumbraban. ¡Pobre Félix!... no es que lo sienta ahora... sobre todo ahora...; pero pasemos adelante. Ya lo sabes todo; estás libre, y tú juzgarás si te conviene utilizarte de tu independencia, ó si te parece preferible llorar á un esposo indigno.

Faustina experimentaba un sentimiento de profunda amargura; el día antes, poseída de una emoción sincera, perdonaba al señor de Guessaint todas sus traiciones; pero lo que Nelly le decía en aquel momento resentíala en lo más delicado de sus afectos. Antes compadecía vagamente á su esposo; mas en lo futuro habría muerto dos veces para ella, porque borraría de su memoria hasta el último recuerdo de Enrique. Rebelábase al pensar que no había respetado á su mejor amiga, á la compañera de su infancia, á su hermana.

—Nada me has dicho—contestó Faustina, estrechando á Nelly entre sus brazos—cuando pudiste revelarme el secreto, y yo te doy las gracias, porque tenías razón. Mientras que el señor de Guessaint viviese, mejor era que yo lo ignorase todo, pues sabiendo lo que acabas de manifestarme, no hubiera permanecido un minuto más en su casa. Antes de casarme dije á mi prometido aquí mismo: «Juro que seré una esposa fiel;» no he quebrantado mi juramento nunca; y ahora la muerte me releva de él.